

# LIBROS

**Humberto Musacchio**  
(comp.)

CÁLLENSE. LOS NUEVOS  
ROSTROS DE LA CENSURA

**Guillermo Zermeño Padilla**  
HISTORIOGRAFÍA, TEMPORALIDAD  
Y SABER HISTÓRICO

**Carlos Bravo Regidor**

MAR DE DUDAS. CONVERSACIONES PARA  
NAVEGAR EL DESCONCIERTO

**Rodrigo Martínez Baracs**  
EL HISTORIADOR JOAQUÍN  
GARCÍA ICAZBALCETA. I. LOS AÑOS  
FORMATIVOS (1825-1862)

**Marisol García Walls**

COMPARECENCIA (IN)VOLUNTARIA

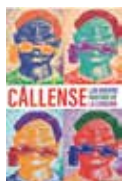
**Macario Schettino**

CONSPIRACIONES. MÉXICO A TRAVÉS DE SEIS SIGLOS

## PERIODISMO

### La censura viste de toga

por **Fernando García Ramírez**



**Humberto Musacchio (comp.)**  
CÁLLENSE. LOS NUEVOS  
ROSTROS DE LA CENSURA  
Ciudad de México, Grano de Sal,  
2025, 152 pp.

En abril de 2025 la presidenta Claudia Sheinbaum afirmó que “jamás será nuestra intención censurar”. La presidenta miente. Periodistas, medios de comunicación y organismos de la sociedad civil señalan que está en marcha una vasta operación para limitar, y en algunos casos suprimir, la libertad de expresión en México.

Morena, el partido de la presidenta, tiene bajo su dominio todos los mecanismos para ejercer el poder sin restricciones. De forma tramposa e ilegítima, logró la sobrerrepresentación en la Cámara de Diputados. Con amenazas, chantajes y extorsiones consiguió la mayoría en el Senado. De este modo pudo modificar la Constitución,

operó una reforma judicial y orquestó para llevarla a cabo un gran fraude (orientación del voto mediante acordeones). Morena tiene el control del poder ejecutivo, el legislativo y el judicial. Tiene también el dominio sobre las fuerzas armadas y una evidente complicidad con el crimen organizado. Le falta solamente el control sobre el cuarto poder, el de la prensa, cimentado en la libertad de expresión y en la libertad de pensamiento.

En Morena consideran un peligro la crítica y la libertad de expresión de las ideas. Por ello han diseñado una estrategia para limitarla y asfixiarla. Esta estrategia incluye a gobernadores y legisladores, pero sobre todo a jueces y magistrados del Tribunal Electoral y a diversos integrantes del nuevo poder judicial. La censura hoy en México viste de toga. Se está utilizando el poder judicial para acallar medios, periodistas y hasta a los ciudadanos que se expresan en las redes sociales.

Morena concentra la mayor parte del poder político en México, sin restricciones. Pueden cambiar y crear leyes a su antojo. Desaparecido el contrapeso que representaba el poder

judicial, ya no tienen el freno de las leyes. Si una ley los incomoda, la cambian. Su objetivo es la concentración de poder en la figura de la presidenta. Sin límites ni frenos el poder está abierto a cometer cualquier arbitrariedad para alcanzar sus fines de control político. Les estorba la crítica y el señalamiento social de sus yerros: buscarán acallarlos. Se valdrán de todos los elementos a su alcance. Los asesinatos y desapariciones de periodistas van al alza. Ahora también se utiliza a los jueces para imponer la censura.

De forma nada casual se han presentado decenas de demandas judiciales en contra de periodistas críticos. Al poder no le basta con censurar, busca la humillación pública. El senador Gerardo Fernández Noroña obligó a un ciudadano a disculparse públicamente por haberlo increpado en un aeropuerto. Una diputada de Morena demandó a la ciudadana Karla Estrella luego de que esta cuestionó el apoyo que recibió de su poderoso marido para que obtuviera un alto cargo en el Congreso. La consigna es clara: disuadir a los ciudadanos y periodistas. Toda crítica que emitan puede ser usada en su contra.

Hasta aquí he emitido opiniones. Vamos a los hechos. Desde el 2018, durante la presidencia de López Obrador, se utilizaron los medios de comunicación del Estado para estigmatizar a periodistas incómodos al poder. En 197 ocasiones López Obrador mencionó negativamente, calumnió, acusó sin pruebas, acosó, divulgó teléfonos y domicilios de periodistas. Las calumnias del presidente tuvieron consecuencias. En 2022 intentaron asesinar al conductor de radio más popular de México, Ciro Gómez Leyva. De 2018 a 2024 ocurrieron 3,408 agresiones a periodistas, 47 fueron asesinados y cuatro desaparecidos. Agentes del Estado fueron los principales agresores (45%). Durante muchos años se han presentado demandas contra periodistas, sin embargo 2025 marca un punto de inflexión: en diecisiete estados, más de la mitad de las entidades de la república, se presentaron demandas en contra de comunicadores. Con la siguiente particularidad: no solo el poder judicial es el que promovió ese acoso, también participaron de manera activa el Instituto Nacional Electoral y el Tribunal Electoral, cuya principal tarea pasó de ser la de organizar y validar elecciones a perseguir a periodistas y ciudadanos.

Si tienen tanto poder ¿por qué a los gobiernos morenistas les molesta la crítica? Por el mismo motivo por el que suprimieron el Instituto Nacional de Acceso a la Información: para encubrir la corrupción que corroe a este gobierno. No hay otra explicación. Los morenistas han hecho de la corrupción parte consustancial de su quehacer gubernamental. Frente a los señalamientos críticos de la prensa, los políticos de Morena podrían responder con cartas aclaratorias, podrían convocar a un debate para exhibir a sus críticos, podrían transparentar sus actos de gobierno para despejar toda duda. En vez de eso han optado por ofrecer negocios a los dueños de los medios de

comunicación para que sean estos los que despidan al periodista incómodo y lo sustituyan por uno afín al gobierno. Han optado por demandar a los periodistas y a los medios de comunicación. Han decidido que la vía más expedita para deshacerse de ellos es la de encargar el acoso o su eliminación a grupos criminales. A pesar de su discurso populista, los políticos de Morena persiguen a los críticos, no a los poderosos. Prostituyen los medios de comunicación del Estado al usarlos como vehículos de propaganda y como medio para injuriar a los opositores. El Estado, en manos de los morenistas, controla, vigila y censura.

México dejó en los hechos de ser una democracia para convertirse en un Estado autoritario, sin contrapesos, militarizado y corrupto. Para ocultar sus malos manejos, el Estado morenista acosa, demanda, persigue. Mientras el periodista es agredido o desaparecido, la presidenta insiste en decir que en México no hay censura, que “vivimos en el país más democrático del mundo”.

En *Cállense*, Humberto Musacchio reúne 43 artículos aparecidos en la prensa durante el 2025 para registrar “los nuevos rostros de la censura” en México. Los artículos, muchos de ellos escritos por los más destacados periodistas mexicanos, dan cuenta de un hecho: el gobierno de Morena ha tomado la decisión de coartar la libertad de expresión en nuestro país. Lo hace a través del aparato de justicia que Morena renovó con el fin de deshacerse de jueces independientes para suplirlos con jueces dóciles a las decisiones de los morenistas. Realizó esta sustitución de jueces mediante un procedimiento aparentemente democrático: la elección popular. Lo hizo a pesar de que la totalidad de los colegios de abogados y las facultades de leyes del país desaconsejaron la medida. Lo hizo pese a los múltiples llamados de atención de los más prestigiados institutos jurídicos en el extranjero. Al gobierno no le importó

que varios de los juristas más prestigiados del mundo reprobaran la iniciativa. La finalidad de la reforma era clara: validar jurídicamente las arbitrariedades del poder, entre ellas, de manera destacada, la limitación del ejercicio periodístico. De este modo el gobierno podía alegar a su favor: no es el gobierno el que censura, se trata de demandas judiciales legítimas. Una simulación absoluta. Los nuevos jueces están al servicio de Morena que fue quien gestionó para que ellos ocuparan sus cargos.

Unánimemente los periodistas e intelectuales que Musacchio reúne en este libro cuentan con detalle la operación de Estado que ejecutó Morena para dotar de legalidad la arbitrariedad de la censura. Los políticos de Morena actúan taimada e hipócritamente. Arrojan la piedra censora y esconden la mano. Persiguen a los periodistas críticos armados con la ley. Y cuando eso no basta, utilizan la Unidad de Inteligencia Financiera para exponer las operaciones privadas de los periodistas que quieren denigrar. O bien se valen de la información reservada del Servicio de Administración Tributaria para exhibir la situación fiscal de los periodistas bajo acoso. Todos los instrumentos al servicio del poder dedicados a la tarea de acallar a la prensa libre. Si nada de lo anterior funciona, siempre queda el recurso de resolver el asunto del periodista incómodo dejándolo a merced de los grupos criminales. México, no por nada, es el país más peligroso del mundo para ejercer el periodismo.

Contrariamente a lo que la presidenta afirma, en México sí se censura, sí se acosa a los periodistas y el gobierno sí utiliza los espacios públicos para hacer propaganda a favor del partido oficial. No vivimos en “la mejor democracia del mundo”. Vivimos desde hace algunos meses en un país autoritario que cada día va angostando los espacios de expresión. Un país gobernado por un grupúsculo corrupto

que no se detendrá hasta haber logrado concentrar todo el poder posible. Irónicamente el gobierno de Morena lo hace utilizando la bandera de los pobres, la bandera del Pueblo. En nombre de las mayorías Morena controla, vigila, acosa, persigue y censura. Nada bueno puede salir de esto. ~

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** es crítico literario y consejero de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *El Financiero*. Seleccionó y prologó el libro *Gabriel Zaid* en *Letras Libres* (Debate, 2025).

## HISTORIA

# Dos fardos: positivismo e historicismo

por **Rafael Rojas**



**Guillermo Zermeno Padilla**  
HISTORIOGRAFÍA,  
TEMPORALIDAD Y SABER  
HISTÓRICO  
Zaragoza, Universidad de  
Zaragoza, 2025, 310 pp.

El último libro de Guillermo Zermeno, *Historiografía, temporalidad y saber histórico*, editado por la Universidad de Zaragoza, propone una venturosa conjunción de crítica y homenaje. Por medio de la crítica, el historiador expone la crisis de una conceptualización de la disciplina historiográfica, demasiado dependiente de las viejas coordenadas del positivismo. A través de los homenajes, el libro rescata las voces de algunos maestros: Siegfried Kracauer, Michel Foucault, Michel de Certeau y Reinhart Koselleck, con los que Zermeno dialoga desde hace décadas.

El libro proyecta la crítica tanto sobre las herencias positivistas de la historia académica, que insisten en no distinguir la disciplina dentro del campo de las ciencias sociales, como sobre los espejismos ideológicos que,

desde otro flanco, buscan reducir las humanidades a la propaganda. La reflexión sobre las mutaciones del concepto de archivo resulta de la mayor pertinencia para acompañar ambos acentos de la crítica.

Llama la atención Zermeno sobre una paradoja de nuestro tiempo: mientras los archivos se vuelven digitales y, por tanto, licúan su vieja materialidad o positividad, se le exige a la historia académica una reafirmación científicista que entre en contradicción con el lugar de enunciación del saber histórico. No hay, en este libro, un llamado a la vuelta de la narrativa en la historia, como en su momento hicieron Lawrence Stone o Hayden White, sino una cabal comprensión de la contigüidad de la escritura de la historia con el trabajo literario.

Recuerda Zermeno que no por casualidad muchos escritores contemporáneos, como Emmanuel Carrère, Junot Díaz, Javier Cercas o Juan Gabriel Vásquez, postulan la ficción real como una ruta de reconstrucción histórica del pasado. Esa es la respuesta que encuentran los escritores a la desestabilización de las temporalidades que se vive a principios del siglo XXI. Esta aproximación de la literatura a la historia convergería con un movimiento de lo histórico hacia lo literario, donde el historicismo y el positivismo serían las dos caras de una vieja moneda.

Zermeno observa el efecto pernicioso de esa yuxtaposición entre historicismo y positivismo en la historiografía nacionalista mexicana. Tanto en las ideologías de la memoria nacional como en la propia historiografía académica se ha suscrito la letra y el espíritu del Acta de Independencia del Imperio Mexicano, del 28 de septiembre de 1821, según la cual, algo llamado “nación mexicana” recuperaba una soberanía perdida con la conquista española, después de trescientos años de opresión.

Ese mito poderoso, que sobrevive hasta nuestros días en el lenguaje

político, encuentra ecos no solo en Ranke, Dilthey, Meinecke y otros clásicos del historicismo, sino en Johann Gustav Droysen, más atento al papel de la memoria en la transmisión de una ideología de Estado a través de la educación. En algún momento, Zermeno sugiere que Agustín de Iturbide sea entendido como un positivista *avant la lettre*.

Encuentra Zermeno un primer intento de salida al laberinto del historicismo en el estadounidense Arthur C. Danto, filósofo del arte, quien incursionó en la filosofía analítica de la historia. Danto insistía en que no era el pasado, sino el futuro el terreno en disputa entre filósofos e historiadores: lo decisivo no era la reconstrucción de lo sucedido, sino la forma en que esa reconstrucción postulaba o interpelaba una imagen del porvenir.

Sin embargo, observa Zermeno escapes más aiosos a las trampas del historicismo y el positivismo en la obra Siegfried Kracauer, cercano a Walter Benjamin y Ernst Bloch en la primera etapa de la Escuela de Frankfurt. Kracauer escribió sobre la fotografía, el cine y la danza, pero también sobre las masas asalariadas en Alemania. Interesa en particular a Zermeno la definición de la historia de Kracauer como el “saber de un espacio intermedio”, entre la ciencia y el arte, que correspondería al de “las últimas cosas antes de las últimas”.

Se trata de un atisbo antiteleológico, para el cual el fin no es el fin, pero tampoco un medio, sino una instancia siempre inacabada, en proceso de construcción perpetua. Por tres vías radicalmente distintas, Michel Foucault, Michel de Certeau y Reinhart Koselleck llegaron a formulaciones semejantes: Foucault por medio del reemplazo de la historia epistemológica de la ciencia por una arqueología de las formaciones discursivas, que permitía el reconocimiento de una multiplicidad de saberes; De Certeau a través de “una experiencia –cito a Zermeno–, que probaba

la imposibilidad de reducir la alteridad radical del pasado al presente”; y Koselleck, reformulando la noción de un “futuro-pasado” que resume la superposición de temporalidades en el trabajo histórico.

Hacia el final de su libro, Zermeño introduce un breve pasaje mexicano, que queda como insinuación de un nuevo libro. Ahí glosa ideas sobre la historia de historiadores como Silvio Zavala y Daniel Cosío Villegas, fundadores de El Colegio de México y del Centro de Estudios Históricos. Pero en quien encuentra mayores simonías con el linaje de la crítica histórica aquí descrita no es en ellos dos, sino en Edmundo O’Gorman. En el ensayo *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947) de O’Gorman, halla Zermeño una noción de crisis, equivalente a la de Koselleck, “que no es algo coyuntural o externo a la historia, sino que es inmanente al mismo proceso en la que esta aparece”. ~

**RAFAEL ROJAS** es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría* (Siglo XXI, 2025).

## ENTREVISTA

# El espíritu socrático en el siglo XXI

por Ivabelle Arroyo



**Carlos Bravo Regidor**  
MAR DE DUDAS.  
CONVERSACIONES PARA  
NAVEGAR EL  
DESCONCIERTO  
Ciudad de México, Grano de Sal, 2025, 348 pp.

Sócrates desconfiaba de los libros. El filósofo creía que la transmisión escrita del conocimiento lo hacía rígido y lo fijaba, destruyendo la labor filosófica; el lugar óptimo para esta era la conversación, que obliga a refinar las ideas, a probarlas e incluso a transformarlas. Carlos Bravo Regidor retoma

esa antigua tradición socrática en *Mar de dudas*, aunque paradójicamente lo haga en un libro. Esto es clave porque el volumen celebra las paradojas y la riqueza de las contradicciones fértiles.

El libro se compone de catorce diálogos con pensadores relevantísimos del debate político contemporáneo, todos reunidos bajo el denominador común de oponer su curiosidad intelectual a los dogmas y a las visiones binarias con las que se pretende entender el mundo. Son intelectuales que se niegan a dar respuestas automáticas a preguntas complejas, y que, según se revela en la lectura, tienen un profundo vínculo biográfico con las hipótesis y los temas que estudian. Bravo Regidor, lejos de ser un entrevistador a modo, se erige como un conversador incisivo para sus interlocutores. No les pide que repitan lo que ya escribieron: les pregunta por el origen de sus intuiciones, por sus contradicciones personales y por la aplicación de sus hipótesis en casos nuevos. Los reta, sube a hombros de otros expertos (a veces contrarios a quien entrevista) y les entrega una relectura sobre sus postulados, que ellos generosamente retoman y vuelven a moldear. El resultado es sugerente: se entronizan las dudas.

De hecho, el título —*Mar de dudas*— es un gran acierto. Podría haber sido otro: “desgaste de certezas”, “errores correctos”, “contornos de incertidumbre”, o incluso la elegante frase de Ivan Krastev, “otro estilo cognitivo”. Todas son frases que aparecen en el libro. Todas expresan el espíritu del volumen: no cerrar, no confirmar. En todo caso, desestabilizar los diagnósticos sobre los fenómenos que nos condujeron al presente: la verdad, la guerra, las izquierdas, las derechas, el populismo, el fascismo, las oposiciones, la desigualdad y el capitalismo, el liberalismo, el conocimiento. ¿Y si todo eso hay que verlo de nuevo, con más y mejores preguntas?

Escojo para esta reseña cinco temas: la complejidad, el populismo,

la guerra, la democracia directa y el liberalismo, representados en las entrevistas con Daniel Innerarity, Nadia Urbinati, Margaret MacMillan, David Altman y Francis Fukuyama. Pero no hay que equivocarse: el libro completo es un cofre de pulidos intercambios sobre otros temas de lo más perturbadores: las derechas transgresoras y gays, la fe y la preferencia por la fragilidad, el gusto por los héroes en la izquierda, el fascismo sureño y las protestas como símbolo democrático y a la vez amenaza a la democracia. Nada más para abrir boca.

Bravo Regidor inicia muy atinadamente la inmersión en la complejidad con Daniel Innerarity, pues el escritor explica la necesidad de gestionar, más que la información, nuestra ignorancia. Vaya comienzo. Con todo, el entrevistador recalca que la actitud intelectual de Innerarity es agradablemente descriptiva, huyendo del tono depresivo que a menudo acompaña a la crítica social. Este apartado es una invitación a hacerle frente a la irracionalidad del presente y a permitir la competencia de una pluralidad de visiones, en lugar de aferrarse a una única y rígida tesis.

En el libro, por supuesto, tenía que estar Nadia Urbinati, *best seller* en los estantes sobre populismo. La conversación con Urbinati es un eje fundamental en el volumen; permite desmontar la noción de populismo para retirarle la etiqueta de “patología” y entenderlo como una forma de representación esencialmente contextual. Su enfoque huye de la idealización de una “buena democracia” inmutable o de un pensamiento limitado y sin contextos.

En su diálogo con Bravo Regidor, Urbinati se posiciona contra el pensamiento que cree en una única medicina intelectual o ideológica que resuelva todos los problemas políticos. Y, por cierto, aquí hay algo que no se encuentra habitualmente en sus artículos académicos y que puede hacer eco en periodistas, en académicos, en

intelectuales que temen por su actual irrelevancia: su creencia en la necesidad de un “Pepe Grillo” —una conciencia social— que registre y recuerde a las sociedades por dónde se puede ir, contrastando con el pensamiento simple de los eslóganes o dogmas que tanta fuerza tienen hoy.

La charla con la historiadora Margaret MacMillan es quizás una de las más valientes y desapasionadas del libro. MacMillan tiene una actitud incómoda: habla de la guerra no solo en términos negativos, por la obvia destrucción, sino como un fenómeno complejo que crea oportunidades, transforma sociedades y establece marcadores sociales y políticos que redefinen eras enteras. No es que elogie la guerra, busca diseccionarla con la precisión y la curiosidad de un anatomista. Bravo Regidor, en su rol de interlocutor incisivo, introduce argumentos de otros expertos (a veces contrarios a MacMillan) para retar a la autora a redefinir sus posturas, especialmente en la comparación de conflictos pasados y recientes. El mensaje subyacente de la conversación es claro: en lugar de caer en el moralismo o el cinismo, o de limitarse a conmemorar batallas, es imperativo aprender más sobre la guerra para comprender su dinámica histórica, su capacidad de organización de la violencia y sus efectos en el presente.

Con David Altman el paseo gira en torno a la democracia directa. El punto de partida no es teórico: es la biografía uruguaya del autor radicado en Chile. De un país trae la vida de la dictadura; del otro, el asombro ante la vida política más democrática. Él propone ver el referéndum, los plebiscitos, como una vía para gestionar conflictos y no como herramientas de decisión de una ciudadanía idealizada. El propósito es que, al operar como una amenaza creíble, genere incentivos para aceitar el funcionamiento de los partidos políticos y reencantar a la ciudadanía. El entrevistador escucha, pero también se mete, llevando a Altman a pensar en el

Brexit, en los plebiscitos desastrosos de Latinoamérica y en el uso de la democracia directa como instrumento del poder, a lo que el académico responde con elegancia, dudando sin temor y reconstruyendo sus argumentos. En esta conversación, Bravo y Altman van y vienen que da gusto.

Casi al final del libro, la conversación con Francis Fukuyama confronta directamente las certezas de la democracia liberal. Aquí, el autor de *El fin de la historia* retoma la defensa de sus principios esenciales, pero oponiendo el institucionalismo pragmático al moralismo ingenuo. Para Fukuyama, la modernidad sigue siendo un proceso coherente. Un punto crucial es su argumento de que el liberalismo que él defiende es el que reconoce la vida por encima de la vida buena, el que fue fundamental para terminar con las guerras religiosas del siglo XVIII, además de permitir el intercambio y la pluralidad. En esta entrevista, Bravo Regidor se percibe como un retador constante, que inicia la mayoría de sus preguntas con un *pero*, un *aunque* o expresiones similares que obligan a Fukuyama a justificar sus postulados ante las nuevas críticas globales.

Uno de los aspectos más valiosos del libro es la habilidad de Bravo Regidor para anclar en la realidad mexicana un debate intelectual global y aparentemente teórico. A pesar de que los entrevistados y sus temas son, en apariencia, ajenos a la cotidianidad nacional, el autor utiliza consistentemente los cuestionamientos sobre el fascismo, las nuevas derechas o el populismo como herramientas para forzar al lector a autoanalizarse. Sus retos a los pensadores (trayendo a colación la historia de la izquierda en México, la política del presente o la complejidad de nuestros relatos fundacionales) logran que *Mar de dudas* deje de ser una lectura de política teórica y se convierta en un espejo de nuestros diagnósticos y de nuestros relatos simplistas sobre el poder, la violencia y la democracia en México.

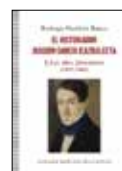
Quienes estén dispuestos a hacer mejores preguntas y a desconfiar de los relatos fáciles hallarán una compañía lúcida, honesta y provocadora. O al revés, quienes busquen lucidez ante la incertidumbre encontrarán autores dispuestos a compartir su experiencia con la duda. En el fondo, este es el legado del libro: el regreso del espíritu socrático, con la conversación y la duda, para someter a examen al siglo XXI. ~

**IVABELLE ARROYO** es politóloga y analista. Escribe en *Letras Libres* y en el sitio Opinión 51.

## BIOGRAFÍA

# La vocación de García Icazbalceta

por **David Noria**



**Rodrigo Martínez Baracs**  
EL HISTORIADOR  
JOAQUÍN GARCÍA  
ICAZBALCETA.  
I. LOS AÑOS FORMATIVOS  
(1825-1862)  
Ciudad de México,  
Academia Mexicana de la  
Lengua, 2025, 324 pp.

Es tradición que los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua dediquen parte de su trabajo a la revaloración del legado de sus antecesores: Joaquín García Icazbalceta, nacido hace doscientos años en 1825, fue el primer secretario de la corporación de 1875 a 1883 y su tercer director desde entonces hasta su muerte en 1894. Con *El historiador Joaquín García Icazbalceta. I. Los años formativos (1825-1862)*, primer volumen de su biografía intelectual, el miembro de número Rodrigo Martínez Baracs no solo fija minuciosamente las etapas de la formación y la primera labor histórica de García Icazbalceta, sino también arroja luz sobre el intenso “momento historiográfico” que conoció México a mediados del siglo XIX, en particular



a partir de la publicación en 1843 de los tres tomos de la *History of the conquest of Mexico* de William Prescott y, al año siguiente, de la publicación de los dos primeros tomos de las *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana* de Lucas Alamán.

García Icazbalceta era “clásico”: un hombre de valores claros, disciplina y tesón. Desde muy temprano fue responsable y metódico, lo mismo para el aprovechamiento y administración de las haciendas azucareras de su familia que para la elaboración de sus libros; en cuanto a su vida familiar se procuró un ambiente tranquilo y ordenado bajo la amable figura de su esposa Filomena Pimentel y Heras, fallecida prematuramente; hogar y modo de vida apto para la concentración que necesitaba y consecuente con su talante serio y estudioso y sin el cual sin duda no habría adelantado su gran obra bibliográfica, editorial, filológica y comercial en beneficio de México. Un “romántico” desordenado, quién lo duda, nunca hubiera podido coronar estas empresas.

Gran mérito se debe ciertamente a la esmerada educación que recibió de su familia, y ya en su juventud a la “fuerza educativa del ejemplo” de sus maestros. El bostoniano William Prescott de manera epistolar, y Lucas Alamán invitándolo a su mesa y biblioteca, ambos inspiraron, alentaron y apoyaron la vocación y los primeros trabajos de García Icazbalceta, como la traducción que hizo en 1849 de la *Historia de la conquista del Perú* del propio Prescott. “Para García Icazbalceta —explica Martínez Baracs— traducir a Prescott fue una forma de aprendizaje, una manera de apropiarse de su prosa, de su inteligencia, de su modo de escribir la historia, y adquirir así un tono para escribir la historia mexicana.” Prescott, a instancias de Lucas Alamán, sostuvo correspondencia con su traductor mexicano y accedió a satisfacer la petición de García Icazbalceta de mandarle

copias de los documentos que había citado en su *Historia de la conquista de México*, entonces mal conocidos o del todo ignorados en nuestro país, y que don Joaquín, de veinticuatro años, empezó celosamente a recopilar en un ambicioso proyecto que llamó *Colección de manuscritos relativos a la historia de América*, que llegaría a constar de decenas de volúmenes, de donde se desprendería posteriormente su edición de la *Colección de documentos para la historia de México*, cuyo primer tomo se publicó en 1858, y que aún hoy se pondera como una joya de la tipografía mexicana. García Icazbalceta era dueño de su propia imprenta, además de diestro grabador, subsanando así las deficiencias de un medio editorial precario.

En este punto hay que recordar un hecho a la vez simple y fundamental. Los documentos del siglo xvi relativos a México como las cartas de Cortés, Motolinía o Las Casas; las obras históricas y literarias como los *Diálogos latinos* de Cervantes de Salazar; las actas de cabildo, los juicios y contratos, o las crónicas de los misioneros y cacicques hispanizados, así como los primeros libros impresos en México; en una palabra, el sustento escrito para que los historiadores elaborasen posteriormente una visión panorámica del periodo, sencillamente no se hallaban reunidos ni ordenados, sino que andaban —cuando no menguados y perdidos— dispersos en archivos, colecciones y bibliotecas no solo en México sino en diversos países, muchas veces en manuscritos, a veces en ediciones; en la lengua original en que fueron escritos o bien solo en traducciones y refundiciones posteriores. Lucas Alamán sintió la necesidad de recopilar estos materiales, llegando a consolidar un fondo personal considerable. No fue el único. Varios políticos y escritores de aquella época se dedicaron también a reunir los *disiecta membra* de una urgente historia nacional, sin mencionar los esfuerzos oficiales como los del Archivo General

de la Nación o los de sabios extranjeros como el propio Prescott o lord Kingsborough, autor de un *Antiquities of Mexico* de 1848, que habían sabido procurarse de las fuentes necesarias.

Tales eran los aires del momento. Emancipado de España, el México independiente y sus prohombres se vieron impelidos a elaborar una historia nacional propia, bien que no siempre consensuada, pues en el fragor político surgieron los sesgos ideológicos de marras: cada facción proponía una interpretación distinta, ya hispanista, ya indigenista, de la historia de México. Pero para todo ello hacía falta, en buena lid, conocer las fuentes, y precisamente en esta tarea de recopilación, siguiendo los pasos de su mentor Lucas Alamán, Joaquín García Icazbalceta llegaría a descollar por encima de todos en el siglo xix. No quiero, sin embargo, dejar de apuntar que en esta pugna historicista entre liberales y conservadores, como bien señala Martínez Baracs, reinó muchas veces, por encima de las diferencias, un patriotismo superior



y un respeto ejemplar y caballeroso entre los diferentes líderes de doctrina. Durante la guerra de Estados Unidos contra México (1846-1848), Lucas Alamán dio refugio en su propia casa al liberal Guillermo Prieto, quien después escribiría las líneas más bellas sobre las virtudes de su rival y protector. Todos se sabían mexicanos, embarcados pues en la misma nave del Estado. García Icazbalceta y sus contemporáneos, que constataron estas altas prendas en sus maestros, buscaron conscientemente ceñir sus trabajos históricos a la célebre exigencia de Tácito: *sine ira et studio* (“sin odio ni parcialidad”).

Por otro lado, no hay que pensar –como se repite con suficiencia en la jerga universitaria– que la separación política de España hizo que México “se inventara” súbitamente una historia nacional, como implicando arbitrariedad y automatismo. México, más allá del nombre con que se le conceptualizara, ya existía desde antes como entidad diferente de la metrópolis –y con conciencia de serlo–. Basta leer con atención las tempranas cartas privadas de los emigrantes a Indias o, por ejemplo, este precioso fragmento del padre Motolinía editado por García Icazbalceta y citado por Martínez Baracs, que data... ¡de 1540!:

Lo que esta tierra ruega a Dios es que dé mucha vida a su rey y muchos hijos, para que le dé un infante que la señoree y ennoblezca y prospere, así en lo espiritual como en lo temporal, porque en esto se le va la vida; porque una tierra tan grande y tan remota y apartada no se puede desde tan lejos bien gobernar, ni una cosa tan divisa de Castilla y tan apartada, no puede perseverar sin padecer grande desolación y muchos trabajos e ir cada día de caída por no tener consigo a su principal cabeza y rey que la gobierne y mantenga en justicia y perpetua paz, y haga merced a los buenos y leales vasallos, castigando a los rebeldes y

tiranos que quieren usurpar los bienes del patrimonio real.

La justa apreciación de Motolinía tardó tres siglos en tomar cuerpo. Como sea, esta “conciencia nacional” se manifestó a mediados del siglo XIX en una serie de instituciones y empresas culturales tales como el *Diccionario universal de historia y de geografía* en diez tomos, publicado entre 1853 y 1856, editado por José María Andrade, Felipe Escalante y Manuel Orozco y Berra, donde colaboraron alrededor de cuarenta hombres de letras, entre ellos, con especial ahínco, García Icazbalceta; la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; las tertulias del Ateneo de México; la actividad de las librerías aledañas a la Plaza de Armas; además del espíritu de colaboración que, como demuestra Martínez Baracs, articulaba los esfuerzos de varios estudiosos, que se intercambiaban libros, manuscritos, copias y noticias, todo a través de nutridas correspondencias pautadas por la reciprocidad y la cortesía, sin olvidar a los colegas extranjeros, cuya comunicación es fundamental para levantar el edificio de las fuentes y las interpretaciones, lejos de los excesos nacionalistas. En este medio se desenvolvieron los esfuerzos de Joaquín García Icazbalceta.

El libro de Martínez Baracs se convierte en una referencia obligada porque sintetiza una bibliografía enorme, sobre todo estadounidense y mexicana, sobre el periodo, la historia intelectual, archivística y bibliográfica, y en particular sobre el historiador “eficiente y solvente” que fue García Icazbalceta. De hecho, el autor ofrece una descripción pormenorizada, no exenta de agudas observaciones críticas, de los principales documentos recuperados, salvaguardados, editados y comentados por García Icazbalceta, familiarizado como está con prácticamente todo este ingente material bibliográfico.

El historiador del virreinato que es Martínez Baracs se mide entonces con

su paredro y colega del siglo XIX, con quien lo asocian no pocas cualidades y conocimientos de las difíciles materias tratadas. Estamos pues ante una obra de erudición sobre un erudito, en la que entramos de lleno al taller donde –alumbrados por velas y quinqué, y manchados los dedos de olorosa tinta negra– se fragua buena parte de la historia de México en medio de correspondencias, crítica de fuentes, copias, cotejos, impresiones, encuadernaciones, envíos y estudios adelantados por una serie de hombres industriales, conscientes de su responsabilidad frente a las generaciones venideras que somos nosotros. En este primer tomo de su gran obra sobre Joaquín García Icazbalceta, Rodrigo Martínez Baracs nos muestra, con devoción, los primeros, seguros y cuidados pasos de una vocación bien encaminada. ~

**DAVID NORIA** (Ciudad de México, 1993) es autor de *Bajé ayer al Pireo. Estudios helénicos* (Bonilla Artigas, 2024), entre otros libros, y coeditor de *Alfonso Reyes, dos años en París. 1925-1927* (Fondo Editorial de Nuevo León/Consulado de Francia/IFAL/Fundación Vázquez Santos, 2025).

## ENSAYO

# La escritura como intervención

por **Gaëlle Le Calvez**



**Marisol García Walls**  
**COMPARECENCIA**  
**(IN)VOLUNTARIA**  
Ciudad de México,  
U-Tópicas, 2025, 158 pp.

Marisol García Walls (Ciudad de México, 1989) recrea en *Comparecencia (in)voluntaria* un asalto violento sufrido en 2009 en su casa. Catorce años después rescata “de lo alto del clóset” de su madre el acta del ministerio público que escudriña con la mirada

aguda que permite la distancia. La relectura, mediada por el tiempo y por una sólida formación académica, deconstruye –literal y simbólicamente– un texto (el acta) y un evento constituido de múltiples capas de agresiones.

El libro da cuenta de las dificultades que implican elaborar el propio testimonio. ¿Quién escribe? ¿Es el trauma el que nos escribe? ¿Cómo transformamos un evento traumático en la materia prima de una nueva historia? La presencia de otras escritoras, como Marina Azahua y Daniela Rea (que abren y cierran la obra), las hermosas hojas de papel albanene incluidas (que calcan y tachan el acta oficial) conforman un libro-objeto que puede leerse desde su materialidad compartida.

La ambivalencia, presente en el título, deja claro que se trata no solo de un testimonio sino de una intervención estética. El paréntesis en (*in*) *voluntaria* funciona como un recurso literario, pero también como una estrategia de supervivencia: la víctima dice y no dice, recuerda y olvida, sugiere y borra. Borrarse puede ser un mecanismo de defensa o una forma de estar presente en todos los espacios y todos los objetos. La ambigüedad revela a una narradora capaz de compartir, contener y moldear su vulnerabilidad y valentía extrema. García Walls tacha frases burocráticas –que no la representan– para armar y reescribir, desde su propia voz, su versión de la historia.

El 7 de septiembre de 2009 dejé para siempre la casa donde crecí, junto con toda la memoria de lo que había sido mi vida hasta entonces. Me acuerdo que, al momento de abandonar la casa, pensé: ¿por qué, justo ahora, se ve tan triste el pino de la entrada?

El evento traumático del asalto modifica y afecta la visión de un entorno conocido. El pino resulta *ahora*

extraño y *triste*. Hay un antes y un después. Hay una nueva forma de experimentar el tiempo, antes ordenado y lineal, ahora caótico y circular.

Hubiera querido guardar una memoria más limpia, pero la única imagen que consigo evocar es la de la ruina. Una habitación desordenada, ropa hecha jirones en el piso y la tortuga de mi hermana, Mapa, que tras romperse su pecera caminó en círculos cada vez más grandes, quizás buscando la contención o los límites [...], caminó hasta que topó con la escalera y cayó dos pisos abajo.

Desorientada y sin ninguna auto-compasión, la narradora –como la indefensa tortuga expulsada de su pecera– “camina en círculos” alrededor de una herida aún abierta. Los detalles marginales: “la habitación desordenada”, “la ropa hecha jirones en el piso”, la pecera rota, la tortuga que cae, al centro de la narración, cuentan de manera indirecta la escena caótica y cruel de una doble violación (física y psicológica).

La “víctima” recuerda de manera selectiva y reacomoda el pasado para seguir funcionando. El trauma interrumpe el tiempo rutinario, lineal y la narradora se enfrenta una y otra vez con esos “picos de la memoria” que regresan: “hubiera querido guardar una memoria más limpia”, “hubiera querido cambiar el paisaje”, “hubiera querido decir: ‘esta no es mi historia’”, “creía que al alejarme del trauma podía anularlo, pero los tropezos no tardaron en aparecer”. Hay una nueva forma de experimentar el espacio. Una nueva forma de ser y de estar en el mundo.

La primera parte, compuesta por textos fragmentarios, se concentra en intentar darle un nuevo orden y sentido a cada palabra: “El nombre de mi mamá, el sujeto principal de la oración. *Declaro*, el verbo. *Que* es un pronombre relativo o conjunción que

encabeza las siguientes oraciones. Su nombre como el sujeto del que cuelgan las subordinadas. Mamá.” El enfoque en el lenguaje hace que el lector experimente la dislocación de las emociones, el desorden del espacio, el despojo y la fragilidad de quien intenta nombrar lo innombrable.

Los breves textos alternan con páginas de fondo negro donde se leen algunas frases de la comparecencia original: “DECLARO *Que* el de la voz comparece de manera voluntaria manifestando que: *QUE SE PRESENTA VOLUNTARIAMENTE ANTE ESTA REPRESENTACIÓN SOCIAL [...] Y SE ENCONTRABAN EN LA COCINA REFIRIENDO LA DECLARANTE QUE EN ESE MOMENTO SE PERCATAN DE LA PRESENCIA DE TRES SUJETOS DE SEXO MASCULINO QUIENES IBAN ARMADOS.*” La autora comenta: “El acta de denuncia que rendí la madrugada del 8 de septiembre comenzaba con una frase falsa. Decía: ‘DECLARO *Que* el de la voz comparece de manera voluntaria.’” Y puntualiza: “Pero el de la voz no era un hombre, sino tres mujeres: mi madre, mi hermana, y yo. La comparecencia tampoco era voluntaria. No por lo menos, en sentido estricto: hubiera dado lo que fuera por no ser víctima de un crimen y por no tener que declarar nada.”

En el proceso de reescribir su testimonio, García Walls se nutre de manera intensa y cómplice de otros textos, en este sentido corresponde con lo que Cristina Rivera Garza ha llamado una “escritura geológica”, es decir, una escritura hecha de muchas voces. Sin embargo, en la parte final llamada “Performance”, las citas y las referencias incorporadas se asimilan a tal punto que ya son una sola:

Me llamo Marisol García Walls, tengo 34 años y soy escritora. Cuando tenía 20 años, fui víctima de robo a casa habitación junto con mi mamá y mi hermana. Además de haber sido despojada de mis pertenencias, amarrada y golpeada, fui víctima de violación.



La narración –intencionalmente– titubeante e insegura de la primera parte, *ahora* interpela a la agente del ministerio público. La *comparecencia* final, veloz, voluntaria y determinada, encarna y representa a una persona que ha reparado su integridad y su agencia en la escritura y que, en el proceso de reconstruir su historia,

ha descubierto también una potente voz literaria.

García Walls recupera los espacios arrebatados y/o clausurados de la memoria y deshace un discurso impuesto por la retórica oficial proporcionada por el Estado. Al religar las distintas capas de su historia, redefine la noción de “víctima” y

transforma un documento “oficial” en un ensayo autobiográfico. Una obra original, dolorosa y poética que tiene un lugar indiscutible entre las escritoras que menciona y la acompañan. ~

**GAËLLE LE CALVEZ** es poeta, ensayista y crítica literaria, autora de *Escrituras sin rostro* (UNC, 2025).

## LIBRO DEL MES

### HISTORIA

## De desintegración en desintegración

por **Roger Bartra**



**Macario Schettino**  
CONSPIRACIONES. MÉXICO A  
TRAVÉS DE SEIS SIGLOS  
Ciudad de México, Ariel,  
2025, 320 pp.

Cuando una mirada moderna y democrática observa la historia de México suele descubrir que su encarnación en la versión oficial está plagada de mentiras. A tal punto está deformada la historia que han impulsado los gobiernos nacionalistas que cuando aparecen los hechos reales resultan sorprendentes e incluso extraños. La cultura política mexicana está tan empapada de nacionalismo revolucionario que mucha gente se desconcierta al confrontarse con la realidad de unos hechos que desmienten la imagen patrioter del pasado. No es algo raro que las historias oficiales pergeñadas por las élites hegemónicas de muchas naciones sean una manipulación encaminada a legitimar su dominación. Pero el ejemplo mexicano es notable por ser una de las más exageradas deformaciones de la historia que haya generado el nacionalismo político. Lo que nos ofrece Macario Schettino es una interpretación política de la historia mexicana que parte de una concepción crítica y democrática de los tiempos que vivimos. Ya ha abordado la historia de México en varios libros, entre los cuales se destaca su *Cien años de confusión*, de 2007, donde explica que el siglo de la Revolución mexicana fue una época dominada

por un intento fallido de modernización que llevó al estancamiento. Cuando reseñé ese libro en *Letras Libres* dije que Macario Schettino abordaba la historia como el niño que en el cuento exclama que el rey va desnudo: “La Revolución mexicana ha vivido desnuda durante el siglo xx y sus sastres intelectuales ilustraron y vistieron durante décadas la gran mentira.” Schettino no argumentaba que no había habido revolución, sino que la hubo en exceso, en una demasía desproporcionada que dejó a la realidad como un pálido reflejo de la inflada e imponente revolución inventada por el régimen nacionalista.

En su nuevo libro, Schettino extiende su análisis a lo largo de seis siglos, buscando momentos reveladores y ofrecer sus interpretaciones provocadoras e iluminadoras. Durante la conquista de Tenochtitlan es evidente que no hay un enfrentamiento entre España y México, pues ninguna de estas entidades existía todavía. Además, cosa ya bien sabida, del lado “español”, encabezado por Hernán Cortés, había más indios que peninsulares. El problema más difícil de encarar es el de la desigualdad entre europeos y aztecas. No es solo el tema de la ausencia de metalurgia avanzada, armas de fuego o animales de tiro o transporte. Hay un desfase en la construcción cultural que Schettino calcula en unos cinco mil años, lo que nos lleva al ríspido problema de la supuesta “superioridad” europea, que desde luego no es un asunto de diferencias entre individuos, sino de la separación entre dos construcciones culturales completamente diferentes y que se puede medir en miles de años. Detrás de los mil trescientos europeos que llevaba Cortés había una historia milenaria que había llegado a la Biblia de Gutenberg, las armas de fuego y de metal, los libros de Maquiavelo y las pinturas de El Bosco y Leonardo da Vinci. Además, los hombres de Cortés trajeron las enfermedades, como la viruela, que diezmaron a la población indígena en pocos años.

El resultado de la conquista no fue una época colonial oscura. La Nueva España no fue propiamente una colonia. Era una especie rara de reino dependiente de la monarquía

española, pero con mucha fuerza propia. A mediados del siglo XVII ya se ha consolidado lo que Schettino llama la “Gran Nueva España”, el espacio donde se forjó la nacionalidad mexicana. Allí vivían casi dos millones de personas, de las cuales cerca de la cuarta parte no eran nativos. Este virreinato se convirtió en la provincia más rica de la monarquía y generó no solamente una gran riqueza económica, sino también una sofisticada cultura barroca que formó parte del brillante Siglo de Oro, con la gran poeta sor Juan Inés de la Cruz a la cabeza.

Schettino cree que a mediados del siglo XVIII el Bajío era probablemente la región más rica del planeta. Con la llegada de los reyes borbones la monarquía impulsa una política agresiva de corte colonial hacia la Nueva España. Las tensiones políticas crecieron con las reformas borbónicas en una región donde había una masa de pueblos empobrecidos que no gozaban de la prosperidad que había en las ciudades. Lo que detona el proceso de independencia es la invasión napoleónica de España en 1808, que aceleró el proceso de descomposición de la monarquía. El cura Hidalgo se levanta en defensa de Fernando VII e inicia una serie de combates que lo llevaron en poco tiempo a la derrota, aun así fue declarado el “padre de la patria”. Su lucha, dice Schettino, no tuvo ninguna trascendencia y quedó solo como un símbolo nacionalista. La independencia se consumó en 1821 de la peor manera, con un militar que había traicionado a las fuerzas realistas, Agustín de Iturbide, y que acabó siendo nombrado en 1822 emperador de un imperio inexistente. Al año siguiente fue depuesto gracias a las intrigas de otro personaje tan siniestro como él, Antonio López de Santa Anna. México llegó a la independencia bajo los peores signos, lo que hace suponer que la descomposición política que siguió ya existía en forma larvaria en el seno del proceso de independencia. La confusión y la desintegración —que incluye la pérdida de más de la mitad del territorio y la invasión francesa— dura casi medio siglo, hasta el día en que el emperador Maximiliano fue fusilado por Benito Juárez en 1867.

El gobierno de Benito Juárez —interrumpido, en ocasiones itinerante, confrontado a diversas intrigas— logra, no obstante, una modernización importante y reformas de gran calado. La modernización continúa con Porfirio Díaz bajo la forma de un despotismo ilustrado, como explica Schettino. El relativo sosiego duró hasta 1910 cuando Madero se levanta y se inicia una sucesión de guerras civiles que después fueron bautizadas como la Revolución mexicana. Su símbolo es la Constitución de 1917, que Schettino considera como un regreso a las estructuras medievales, algo que me genera dudas por el término, pero que se refiere a que la tierra es declarada propiedad original de la nación, como antes lo era de la Corona, y a que la educación quedaba en manos del Estado. Parece que Schettino etiqueta como “medieval” la organización política basada

en corporaciones. México entra así, con muchos lastres, al siglo dominado por Estados Unidos. Se estabiliza cuando Lázaro Cárdenas instituye corporaciones (sindicatos, el partido oficial, ejidos) y estamentos (empresarios, militares, intelectuales) que Schettino insiste en ver como “medievales”. Pero el régimen corporativo de Cárdenas, cree Schettino, solo parece corresponder a la herencia histórica, aunque en realidad la reemplaza. Esta imposición crea una gran fricción con la estructura histórica subyacente. Por ello, la modernización política cardenista no logra detener la desintegración. Es hasta 1982, con lo que se suele denominar neoliberalismo, que comienza la tercera gran modernización (después de la borbónica y las de los regímenes de Benito Juárez y Porfirio Díaz). Pero ello significó amenazar los fundamentos del régimen instaurado por Cárdenas.

No me cabe duda de que México arrastra una pesada herencia de atrasos que la modernización capitalista no ha logrado superar. Según Schettino ello se debe a la “imposición de un sistema corporativo del siglo XX a una sociedad estructurada en corporaciones del siglo XVII”, lo que ha producido grandes fracturas por la fricción entre las dos estructuras. La interpretación es interesante y vale la pena reflexionar sobre ella. Yo he definido este tipo de situaciones con una expresión de Ernst Bloch: la simultaneidad de lo no contemporáneo. Bloch arguyó que de segmentos precapitalistas en Alemania emanaban esperanzas utópicas. La expresión de Bloch podría aplicarse al México de hoy: “no toda la gente vive en el mismo ahora”. Conviven simultáneamente planos premodernos, modernos e incluso posmodernos. El resultado es la generalización de grietas que dibujan un paisaje político esencialmente incongruente en el que coexisten tiempos históricos diferentes. De esta incoherencia surgió el populismo que llegó al gobierno en 2018, que hundió sus raíces en estratos históricos profundos ocasionando que se filtre la incongruencia por las grietas, lo que contamina a gran parte de la sociedad mexicana.

He podido solamente señalar unas cuantas de las propuestas provocadoras y estimulantes del libro de Schettino. Vale la pena leerlo: para pensar en la multitud de ideas que presenta, para eludir la estéril confrontación y auspiciar lo que llama la “conspiración”, es decir, la discusión de propuestas y la construcción de alternativas. Quiere darle sentido a una comunidad imaginaria que se inspire —esa es su provocación— en el éxito de la Gran Nueva España sin reproducir sus estructuras. Espera que se desarrolle una ciudadanía que conspire pacíficamente en forma moderna y democrática. ~

**ROGER BARTRA** (Ciudad de México, 1942) es antropólogo, sociólogo e investigador emérito por la UNAM. En 2024 publicó *Ecos de la melancolía. Un viaje musical* (Anagrama) y la edición ampliada de *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío* (Grano de Sal).